

Adiós a "El Cangilón"

ANTONIO MERINO MADRID

“**C**OMO nuestra actuación y trabajo colectivo son voluntarios y no tenemos por qué ocultar nuestras diferencias de opinión, y como pensamos que esa diversidad en el pensar nos enriquece, y es bueno que existan modos distintos de comprender la realidad y de trabajar por transformarla, hemos decidido aprovechar la celebración de nuestro décimo aniversario para declarar públicamente la disolución del Colectivo Cultural *El Cangilón*. Las personas que últimamente veníamos trabajando en él hemos pensado que hay profundas diferencias en nuestra forma de entender cómo ha de ser la línea del grupo en las circunstancias actuales, tan diferentes de aquellas en las que nació, y que es mejor que a partir de ahora cada uno aborde su trabajo por la cultura local desde la posición que considere más conveniente para él y para el pueblo”.

Con estas palabras, pronunciadas en una noche llena de ausencias, en un lugar tan emblemático para *El Cangilón* como la ermita de San Pedro, se consumó la disolución del colectivo que durante los últimos diez años intentó mantener vivo el movimiento cultural en Añora. El mismo día que se recordaba la primera década de su pequeña historia, *El Cangilón* se fue ante la indiferencia de los grupos culturales comarcales y de las personas de distintos ámbitos que habían sido invitadas y que no se dignaron tan siquiera excusar su asistencia. Como testimonio fiel de que el tiempo no al-

tera actitudes, el acto terminó con las palabras de Manuel Rubio sobre Sebastián de Belalcázar, aquel sediento de aventura que por las lejanas fechas del siglo XVI tuvo que huir hasta América para entrar en la historia.

No es fácil definir en unas pocas palabras qué cosa ha sido *El Cangilón* de Añora, y menos para quien desconozca su trayectoria. Celoso guardián siempre de su espíritu independiente, puramente anárquico en su organización, quiso ser la materialización de esa idea hecha de inconformismo y rebelión que de tanto en cuando se encarna en unas personas que nada pueden hacer para escapar de su atracción, aunque les obligue a nadar contracorriente. Es una vieja idea de lucha contra la mediocridad y el inmovilismo que suele caracterizar a nuestros pueblos y que difícilmente encuentra un cauce de actuación perdurable.

El Cangilón, a través de la cultura, quiso demostrar a Añora, paradigma de cualquier pueblo, el valor y la fuerza de la imaginación espontánea. Por medio de actividades habituales llevó a un pueblo plagado de conservadurismo un toque revolucionario que no se olvidará fácilmente: llenó una plaza de toros con una obra de teatro, consiguió vender en un día y entre encendidas polémicas cien ejemplares de una revistilla fotocopiada, hizo desfilar a todo el pueblo ante fragmentos cerámicos expuestos bajo el nombre de arqueológicos. Y pronto esto no fue suficiente. Su auténtica defi-

nición se perfiló cuando sus aristas, tan marcadas, rozaron a instituciones que conservaban todavía en Añora el carácter de lo intocable (el poder municipal, la Iglesia, cierta falsa aristocracia trasnochada) y salió victorioso.

El Cangilón es ya parte de la historia reciente de Añora, como iniciador de cambios de mentalidad casi impensables pocos años antes. La situación política actual le debe mucho, como la historia sin duda reconocerá cuando el paso de los años permita una perspectiva de observación objetiva, y la más profunda reflexión sociocultural sobre Añora, tan necesaria, se ha producido en el seno de este colectivo. Su disolución es una triste noticia que sólo agrada a quienes siempre lo vieron con recelo o pretendieron anularlo con la indiferencia; y a los que más, a las instituciones locales, ahora como antes (entre ellas el Ayuntamiento, qué tristeza), con personas que han perdido toda capacidad de análisis crítico de la realidad y que ya no saben distinguir al sabio del bufón. Una triste noticia que sólo puede ser consolada por la esperanza de que cualquier día, quién sabe cuándo, otro grupo de jovencuelos de apenas veinte años recoja la bandera que ahora, abatido, deja *El Cangilón* y grite de nuevo su resistencia a unos modos de vivir inertes bajo lo más gris de las cenizas. Y nos urge que así sea, porque la cultura en Añora, como en todos Los Pedroches (granito y encina, ay, los siglos), marca un vacío que dura ya demasiado.